

Antropología materialista de la escritura

Mariano Arias

Resumen

La escritura ha sido estudiada desde distintas disciplinas, fundamentalmente desde el territorio de la antropología de campo. Desde hace una decena de años diferentes estudios han clarificado distintos terrenos de investigación: tal hecho puede ser inscrito en el terreno de las que denominamos Teorías de la escritura; nos referimos explícitamente a la Sociología, al Psicoanálisis, a la Antropología cultural y a la interpretación literaria Positivista e historicista.

Sin embargo, tales disciplinas adolecen de un tratamiento filosófico desde los presupuestos del materialismo filosófico. El empeño de esta comunicación, por tanto, es perfilar las que a nuestro juicio deberían ser las líneas a seguir para alcanzar tal empresa. Lo que presentamos aquí no es sino el resumen de un trabajo con futuro de tesis doctoral (dirigida por el catedrático Alberto Hidalgo), y encuadrado en las directrices del materialismo de Gustavo Bueno.

Para el planteamiento del problema nos vamos a circunscribir a algunos de aquellos aspectos centrales de la investigación, dejando fuera del análisis aspectos doctrinales y analíticos de enorme fuerza y consistencia que conforman el eje de nuestra investigación.

De hecho, nos referiremos tan sólo a dos aspectos que están en la base del método materialista que aplicamos a la escritura: 1) La idea de Hombre y 2) El espacio antropológico.

Desde estas coordenadas vamos a defender la siguiente tesis: desde la escritura (diferenciada de las directrices del régimen oral), desde el "pensamiento escrito", las Ideas de Dios, Hombre, Realidad, Verdad, Ente, Materia, etc. provienen no de un mundo celestial impensable dialécticamente por su "áurea celestial" sino de la "tierra misma". Por lo mismo, la escritura lo que confirmará será la eficacia de su discurso, de su trasposición al logos mismo en tanto la grafía instaura la ruptura del tiempo (a diferencia de la oralidad), trasposición que apela a contenidos en los cuales las Ideas se formalizan, desde la filosofía mundana, como el mensaje mismo que lleva en su interna dialéctica la posibilidad de dar cuenta del relato mítico, de la leyenda, el pensamiento propio de la agrafía, de la barbarie, el regreso al origen mismo de las Ideas. Esta es la cuestión.

La escritura, desde estos supuestos, surgirá con las primeras formas de sistematización técnica, ya no porque la escritura sirva para establecer gráficamente, "por escrito" (en tablillas de barro, papiros, etc.) las ideas, sino por el hecho mismo, evidente histórica y arqueológicamente, de fundar el pensamiento en un medio nuevo, un logos que disloca la capacidad humana hasta entonces lineal, plana podríamos decir. Tal ruptura lo es, en primer lugar, en el tiempo, en cuanto permite vaciar el pasado oral, ágrafo, y establecer la liberación del individuo, o mejor, de la persona, de las generaciones, retro trayendo el pasado e implantando un nuevo espectro de relaciones humanas, de interrelaciones recíprocas.

Por tanto, la escritura comporta herramientas propias que habrá que rastrear en el conjunto de ideas extraídas del material técnico y científico

1) La Idea de Hombre.

a) Sin perjuicio de los argumentos que se vayan introduciendo en sucesivos epígrafes, conviene señalar aquí el eje sobre el que pivota gran parte de la empresa acometida, y que podríamos esbozar en los términos que definen la Idea central de Hombre: este ensayo se escribe desde la era cibernética (y sin pretender agotar, ni mucho menos, con tal término, su concepto), en un «presente continuo», y por tanto supone un nivel de conocimientos tan impresionante como ninguna mente de hace cinco mil años podría prever, ni siquiera atisbar, como no era posible, por supuesto, que el pitecántropo previera la rueda, la rueca o la máquina de tejer; diríamos, desde luego, porque no era pertinente (Marx: «Cada época se plantea los problemas que puede resolver») ni históricamente posible, etc., pero justamente es la trayectoria evolutiva del saber del «Hombre» la que nos interesa aquí. Sin embargo, este conocimiento se engarza tan diferenciadamente, diríamos que se superpone y evoluciona, de tal suerte que todo el pasado entra en la historia del presente (por anamórfosis) triturando y a la vez abriendo nuevos horizontes (diríamos procesos) al Hombre tal como lo conocemos ahora. Y aquí la expresión «tal como» supone que hablamos de una Idea, la de Hombre, en tanto su comprensión queda involucrada en una evolución cuya historia real nos llevaría a hablar del primate, y en virtud de su estudio sería cuando podríamos hablar pertinentemente de pre-historia del hombre evitando así el corte drástico que cierta antropología, habitualmente locuaz, designa para medir periódicamente la «historia total» del hombre.

b) Desde luego, los descubrimientos acontecidos desde mediados del siglo XIX en el campo genético, antropológico y etológico (interpretados desde el material de la filosofía crítica, desde su plantilla de filosofemas, como saber de 2º grado dependiente de los saberes científicos) presentan una Idea del hombre singular. El Hombre como tal puede ser encontrado en la etapa neolítica, cuando el proceso que originó ese estado (Homo sapiens) ha dejado atrás los primeros balbuceos del hombre ya bípedo, y el modo de actuación como cazador y depredador (Homo erectus, Homo hábilis). Es el Hombre que (o “quien” cuando se constituya como “persona”) puede ser definido, ya veremos en qué sentido, en el largo proceso de su constitución como descubridor del fuego y de la cocina: «cocinar hizo al hombre». De hecho, sólo podremos hablar con rigor de Hombre (de su Idea constituyente) teniendo presente el material antropológico, es decir, no sólo ese hombre de carne y hueso, sino las relaciones que mantiene con el entorno (el 'resto' de la realidad) y que forman, precisamente, su existencia, fuera de la cual, ignorándola, quedaría reducido a nada. Serán los procesos operatorios de transformaciones inteligentes los que signifiquen al hombre, el hombre en tanto red compleja, enmarañada de materiales (humanos por tanto), el material propiamente antropológico.

c) La concepción que recorre esta investigación tiene presente un principio esencial del materialismo filosófico: la negación de la idea de hombre abstracta, o mejor dicho, la identificación del hombre como un variado material antropológico ofrecido por las ciencias. Es más, la idea de hombre no puede ser sinónima de la idea de técnica, por cuanto hay técnicas que no son exclusivamente humanas sino también animales, y desde luego cabe interpretar la técnica animal como un corpus rico y variado, complejo desde luego, producto de un largo aprendizaje transmitido en el tiempo por sucesivas generaciones y cuyo estudio es el eje de la investigación etológica. No podemos deducir un exclusivismo técnico humano sin romper el esquema central del espacio antropológico.

d) El almacenamiento del saber en el soporte de tablillas de barro cocido, acontecido hacia el 4.000 a. n. E., o en rollos ya en la fase eotécnica, o en libros, significó una revolución trascendental para el desarrollo del Hombre como tal. Puede decirse que el hombre se separó radicalmente del Homo anterior (del Homo Neanderthal, del Homo hábilis, del Homo antecesor, etc), en tanto la escritura queda registrada en el «espacio antropológico» como material significativo y al lado de otras determinaciones, humanas en su caso, a saber, el fuego, el bipedismo, la capacidad craneal, etc. Es más, sólo entonces ese hombre se separa en una etapa definitiva del protohombre, del homínido (enclavado en las etapas anteriores al Paleolítico superior y

para delimitar cuidadosamente el proceso de hominización a riesgo de caer en idealismo o espiritualismo) y también de los animales. Hombre pues, en definitiva, por cuanto adquiere (entre otras realidades antropológicas ya enunciadas) un lenguaje inmerso en una religiosidad, así sea ella la religión natural.

d) Así pues ensayamos un modelo de análisis operativo fuerte, y como exigencia previa sin la cual ni lo dicho hasta ahora ni lo que se diga tendría un valor congruente más allá de una mera intersección de datos y conceptos recubiertos de análisis. Ensayaremos, de hecho, un modelo que considere al Hombre (más estrictamente en nuestro caso el material vario, complejo, que lo conforma) como una entidad indisoluble del espacio en el que está incluido: él en tanto realidad con sus características peculiares y el resto de la realidad, es decir todas las relaciones estrictamente hablando heterogéneas que comporta su dimensión. Este espacio antropológico así esbozado comprende tres órdenes o ejes fundamentales estrechamente relacionados y que estudiaremos según las pautas establecidas por el materialismo filosófico. Y ello teniendo presente que la comprensión del Hombre aquí propuesta necesita de la heterogeneidad que subyace a la expresión «Hombre», como necesita, en cuanto petición de principio dialéctico, que la pregunta por el origen del hombre se haga desde un presente (digamos el nuestro, este siglo), desde un final relativo para evitar justamente el reduccionismo: aún así, esa pregunta podría ser absurda pues el origen del hombre se diluye en una abrumadora muestra de datos y materiales no estrictamente antropológicos que anulan la búsqueda (y más aún su enclasmiento) de un momento, un instante en el proceso por el cual se diga: aquí está el Hombre. De ahí que la pregunta por el origen del hombre lleve inexcusablemente la pregunta por su esencia, por su clasificación, lo que implica estudiar las capas de la cultura cuando se deja a un lado la consideración del sujeto «como si fuera una sustancia enteramente heterogénea respecto de su medio», lo que significaría caer en un subjetualismo, reedición sumaria de un vitalismo. En cualquier caso, lo que queremos decir es que el medio está impreso en el organismo vivo (y por lo tanto la cultura extrasomática es «parte interna» de la cultura global, al igual que la cultura intersomática).

2) La escritura y el espacio antropológico.

La escritura, según los argumentos anteriormente expuestos, quedaría inmersa en un “espacio antropológico”, sin que ello implique necesariamente la exclusión de relaciones entre los tres ejes que la componen, pero también en cuanto técnica aliada

con otras categorías científicas, culturales, etc. Tal inmersión significa tanto un mundo tridimensional como una serie de relaciones (circulares, radiales y angulares) cuyo trazado habrá de efectuarse en función de dimensiones que tengan presente condicionantes sociales, políticos, religiosos, naturales, etc. (modos de producción también, para emplear la terminología de Marx) y cuyo estudio abrirá espacios a disociaciones puntuales entre los componentes del “espacio antropológico” sin excluir las asociaciones precisas exigidas por los distintos niveles. La escritura, de esta suerte, alcanzaría a ser tratada como la técnica bajo la cual subyacen componentes del eje circular, del eje radial y del eje angular, pues la tríada comporta desde el origen distintos aspectos determinados entrecruzadamente por la relación de la escritura con componentes tanto antropológicos como de otro signo cuyos matices y constitución deberán ser especificados según el "material antropológico".

1. El Eje circular.

Pues bien, desde la perspectiva del eje circular la escritura se nos presenta como una técnica que incide directamente en las “relaciones sociales humanas”, y sin dejar de expresar aquí la vaguedad de esta expresión sustituible por lo que denominaremos “relaciones circulares” y en las cuales la escritura sirve tanto para “relacionar” al hombre consigo mismo (sin que se entienda aquí la apelación a una reflexividad pura) como con el resto de entidades (incluidas las radiales, ya veremos) e individuos. La escritura desde el eje circular es inseparable del hombre al menos desde que se formó la frontera divisoria entre las denominadas pre-escrituras (mnemogrammiforme, etc.), de orden p (pneuma), y la propiamente denominada escritura, de orden f (phisis), es decir cuneiforme, semítica, alfabética, etc. Su incidencia en este eje, dados los términos “humanos” que aplicamos en el esquema materialista, vendrían señalados por las relaciones lingüísticas, políticas, sociales (la sociedad natural y la sociedad política), familiares, morales, etc. La técnica de la escritura, desde este punto de vista, ofrece complejas y a la vez ricas exploraciones. Por de pronto delimitar la incidencia en el sistema tribal y en el sistema de “civilización”, deshuesando las múltiples variaciones concernientes a ambos mundos. La Historia se iniciaría con la escritura, la Barbarie quedaría sometida (de facto) al mundo de la oralidad, de la agrafía. Pero tal delimitación anuncia ya, ante todo, la posibilidad, en el régimen de Barbarie de permitir la alteración de las relaciones económicas y administrativas (así sean las formas pre-escriturales estudiadas por Maxime Gorce y Leroi-Gourhan), sin excluir el modelo social; por

cuanto ahora los signos serán objetivados, es decir, externos al hombre, alterando el tiempo y estableciendo una relación gradual y significativa con el pasado, con la memoria generacional y la atribución de una constante circularidad entre los mitos y las leyendas, por ejemplo, que servirán para enlazar el ritmo temporal de la sociedad y de los individuos sin excluir la propia reflexión del individuo mismo.

2. El Eje radial.

Desde la perspectiva del eje radial la escritura queda inmersa en el mundo de la naturaleza (brevemente: aquellas entidades desprovistas de inteligencia): tierra, agua, aire y fuego, o lo que es lo mismo: bosques, ríos, arena, tierra en suma, pero también lugares, el mundo natural estudiado parcialmente por la ecología. Pero estas relaciones del hombre con la naturaleza llevan a considerar a la escritura como implicada decisivamente en el desarrollo científico y técnico, teórico también en tanto techné. Y además, las implicaciones de tal eje en la escritura quedarían expuestas al tipo de análisis en el que los componentes del “entorno natural” tienen la capacidad de servir al medio tecnológico como útiles capaces de dar contenido y entidad suficientes a los sujetos operatorios en sus manifestaciones culturales, técnicas, científicas, etc.

Es más, desde este eje se puede ver, como en una radiología, el funcionamiento de las variedades tipológicas de escrituras, tanto en sus materiales como en cuanto cerramos el elemento intermediario (biológico, fisiológico, morfológico, etc.) del cerebro, el principal componente “mediador” entre la escritura y el hombre. Será en este eje donde se constituya el icono abstracto de las religiones.

Desde luego hasta el descubrimiento de la escritura puede decirse que, bajo las pautas del espacio antropológico, los materiales de la escritura quedarían fuera del eje radial. Asimismo el eje circular quedaría afectado de las peculiaridades propias de la absorción por parte del hombre de los signos cuneiformes (semíticos, pictográficos, etc.) y que, por tanto, las relaciones objetivas de la escritura quedarían anuladas, etc. Sólo cuando las formas pre-escriturales inician su ascenso, se formalizan, puede hablarse de inicio efectivo de aplicación del eje circular, también de su inclusión en el eje angular. Y sin excluir que los procesos imaginativos, por ejemplo, tuvieran su función inexcusable aunque con otros parámetros aplicados a la grafía y a la oralidad pura. Pero asimismo la religión terciaria, incluso la secundaria quedan afectadas por la aparición de la escritura constituyendo lo sagrado, ahora, un componente indiscutible de la escritura.

Desde el planteamiento tripartito, y eludiendo posiciones espiritualistas, la escritura puede ser estudiada desde el eje radial atendiendo a los cruces constantes que la realidad compleja provee:

a) Desde un principio que llamaremos biológico, corpóreo: la constitución no ya fisiológica sino constitucional, morfológica y estructural del cerebro;

b) desde el esquema instrumental, no sólo morfológico, recurriendo al análisis de las extremidades corporales, en particular de la "mano" en cuanto interviene en el proceso de la escritura como intermediario secundario entre el mundo y el sujeto operatorio (inmerso en el material antropológico).

3. El Eje angular.

En fin, desde el eje angular vemos el origen de la escritura vinculado a la sacralización de los númenes. Podemos decir que la escritura permite el paso a la religión terciaria en un proceso de anamorfosis significativo. Sin embargo, las realidades antropológicas, en las que la escritura ocupa un lugar significativo, no quedan agotadas con los ejes anteriores, será el eje angular el que disponga las relaciones del hombre con la escritura desde unos parámetros distintos, pero a la vez participando de ambos ejes. Más específicamente, desde el eje angular la escritura se presenta como lo sagrado impreso en el hombre con respecto a lo sagrado impreso en los númenes, y sin ignorar que tal eje puede albergar categorías religiosas decisivas a la hora de establecer su interpretación. Pero ahora entenderemos este tipo de relaciones como impregnadas por númenes que permiten tanto el diálogo como la oración, en cuanto el interlocutor, sea animal o démone, deviene protagonista; incluso se incluirían aquellas relaciones presididas por la lucha, la imprecación o la discordia aunque el enemigo ya no sea humano (la sentencia de Hobbes deja de ser retórica en este contexto: *homo hominis lupus*). Pero también la palabra escrita (el Verbo, también el Verbo hecho carne del Nuevo Testamento) ha llegado a ser comestible (lo que nos situaría de modo significativo en el eje radial, en las entidades corpóreas) como se relata en Ezequiel (3:1) cuando Dios obliga a comer al profeta la palabra entregada por Él: "Yo abrí la boca e hízome él comer el rollo, diciendo: 'Hijo de hombre, llena tu vientre e hincha tus entrañas de este rollo que te presento'. Yo lo comí y me supo a mieles."

En cualquier caso la escritura concordaría en el eje angular con elementos que incluirían no sólo una reducción religiosa sino también un principio de divinización de

los animales (Epicuro, la escuela estoica, etc.). Por tanto, podría hablarse, en principio, de una bidimensionalidad establecida en tres términos (de contenidos heterogéneos): variables dependientes de las parejas eje angular/eje radial, eje circular/eje radial y eje angular/eje circular. Lo que no implica reducción al absurdo ni contradicción entre el material antropológico y los presupuestos materialistas enunciados, por cuanto el material analizado se supone ya implícito, dado, establecido.

Sin embargo, hay cuestiones que aún quedan por solventar y cuya investigación a la luz del materialismo filosófico permitirán situarlas en su contexto exacto. Por ejemplo, la relación establecida entre la Barbarie y la Civilización, o en términos de cultura escrita: la agrafía y la escritura. Será en este puente o frontera donde resida uno de los pasos más complejos en la labor de investigación.

Remontarse a la situación del hombre en el periodo de la pre-escritura plantea complejos problemas de fondo desde los presupuestos antropológicos del "espacio antropológico" que están en la base de determinaciones muy decisivas que se adquieren cuando el hombre posea la técnica de la escritura. Para ello habrá que apelar a situaciones en las cuales el espacio antropológico nos presente como un mapa topográfico, también como una radiología, las situaciones complejas en las que los componentes heterogéneos deberán ser distribuidos convenientemente.

Tales situaciones tendrán que ver tanto con los signos como con las voces, tanto con los materiales como con la consideración social o sagrada. Así, las situaciones radiales (una tormenta, truenos y relámpagos) están en directa relación con la presencia divina en la entrega de las Tablas de la Ley a Moisés. La situación angular desde la que este mismo hecho puede dar cuenta se referirá a la propia consideración de la palabra de Yahvé, la escritura sagrada, atribuida por el hombre mismo al "dedo de Dios".

Concluimos.

Hemos trazado con abusiva brevedad una compleja investigación, inédita hasta el presente. Hemos expuesto las líneas filosóficas principales que como hilos de oro recorren el proceso de implantación de la escritura. Si el propósito antropológico pretendido no es otro que el de esclarecer la decisiva importancia que tuvo para la Idea de Hombre la progresiva consolidación de lo que llamamos escritura, esperamos que esta comunicación haya conseguido contribuir a esclarecer la importancia que el

materialismo filosófico de Gustavo Bueno tiene como metodología y filosofía para la investigación antropológica.